

que moja ya sus cabellos en las ondas, despues de un espléndido dia rico de música y de colores... y si volvemos á mirar mas cerca, veremos con infinita melancolía las prolongadas sombras de las columnas solitarias que blanquean como esqueletos en la sorda estension de este desierto; veremos despedazados mármoles esparcidos por do quiera, haciéndonos imaginar que son los huesos calcinados y dispersos de la antigüedad insepulta; veremos, en fin, á nuestra derecha, el siniestro verdugo de tantas generaciones, el triunfador de Pompeya, el titan animado por el fuego, que cuando patea irritado, aniquila y sumerge las comarcas que lo rodean y hace retroceder lleno de susto al turbulento piélago insondable.

Se oculta el sol.—Salió esta mañana y se pone ahora, como ha salido y se ha puesto durante 1800 años, sin encontrar á nadie, sin lucir para nadie en Pompeya.

¡ Ah! ¡ Cómo se van diez y ocho siglos! ¡ Cómo se van!

Si esta ciudad hubiera seguido habitada todo ese tiempo, hoy estaria atestada de cadáveres. No cubrirían las cenizas del Vesubio los restos de una generacion; pero en cambio, la generacion que hoy morase aquí, hollaría con su planta la ceniza de otras cien generaciones precedentes.

En este momento de solemne tristeza no se da cuenta el alma de si compadece á los que murieron en Pompeya ó á los que en Pompeya hubieran nacido á no desaparecer la ciudad. Los padres fenecieron con su descendencia: la posteridad no existió para ellos: ni una lágrima regó su sepultura.

«Año 79» marcaba el reloj del tiempo la tarde aquella en que los pompeyanos, reunidos en este circo, creyeron que habia llegado el fin del mundo.—«Año de 1861,» marca el sol de un dia de enero al despedirse hasta mañana de Pompeya sin habitantes.

¿Qué vale todo el poder; qué vale toda la furia destructora de un volcan, al lado de la vida de la Tierra, que rueda por los espacios, firme y segura en torno de su eje, regenerada todos los años por las caricias del sol, siempre jóven y hermosa, siempre ceñida de zonas bonancibles en que pueda renovarse la historia humana?

¿Ni qué vale la misma Tierra; qué vale la existencia de un astro mas ó menos,—incandescente ayer, mañana helado,—producto del consorcio de una cantidad errante de materia cósmica agrupada sobre un centro fortuito por la misteriosa fuerza centrípeta, y destinado á romperse, á desaparecer, á aniquilarse en un tiempo dado...—qué vale, digo, la vida de nuestro planeta, si se compara con la eterna máquina del orbe, con la inmensidad del infinito, donde giran, mueren ó nacen continuamente millares de millares de mundos, animados y dirigidos por la omnipotencia de Dios?

Es de noche. El universo exterior ha desaparecido. Las tinieblas se han apoderado de cielo, tierra y mar...

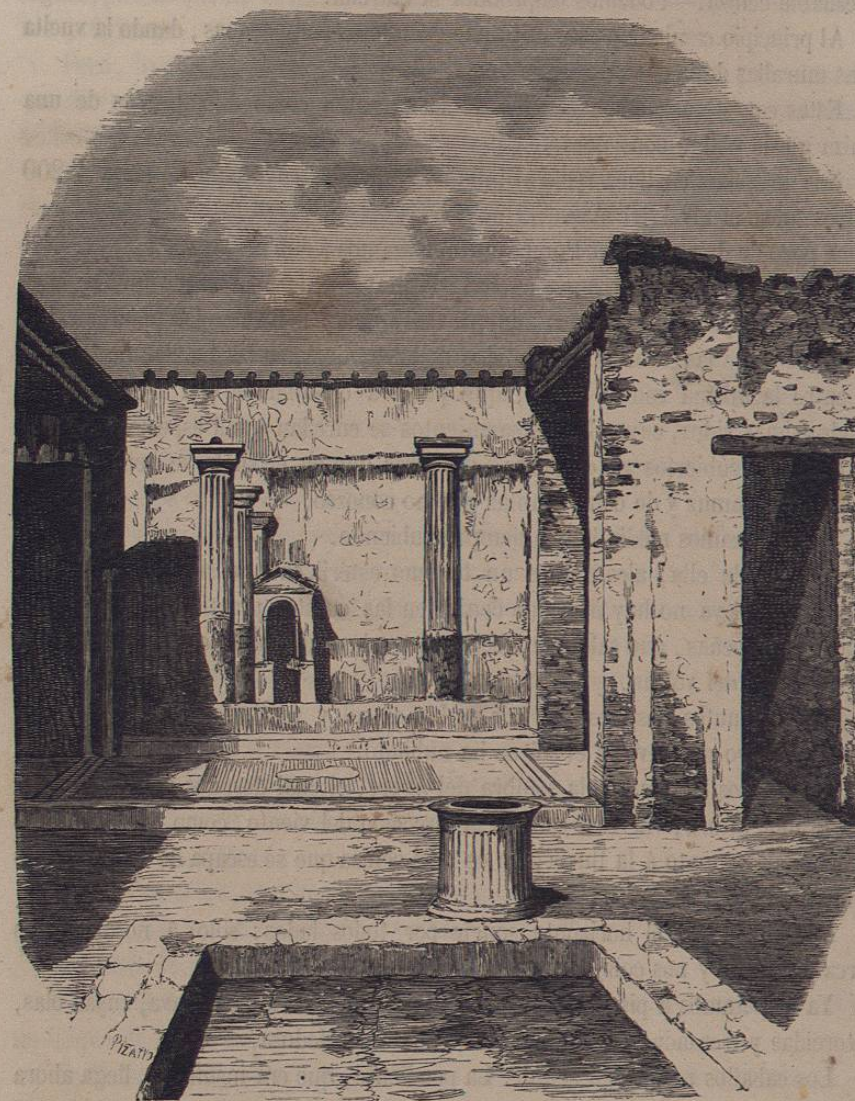
Refugiémonos en lo profundo del alma, donde tambien reside el infinito.

V.

El Vesubio.

19 de enero.

Despues de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando á Pompeya á la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de



Casa en Pompeya.

Bulwer, con terremotos y con nuestra próxima subida al volcan, á cuyo pie hemos dormido, amanece otro hermosísimo dia, que parece la repetición de ayer, y que está muy lejos de serlo, puesto que entre ambos soles hemos gastado

veinte y cuatro horas de nuestra limitada vida, y esas veinte y cuatro horas no tornarán ya nunca ni para nosotros ni para nadie.

Todo se halla dispuesto para nuestra arriesgada expedición de hoy. Los caballos nos esperan: las provisiones para el almuerzo que hemos de hacer al borde mismo del cráter, están ya preparadas: nosotros vamos armados de gruesos bastones con punta de hierro, á fin de asegurarnos en las ásperas cuestas de deleznable ceniza.—Podemos emprender la marcha.

Al principio caminamos por antiguas carreteras pompeyanas, dando la vuelta á las murallas de la ciudad.

Estas carreteras, embaldosadas de lava, están como alfombradas de una ceniza gorda y algo consistente.

Nos dirigimos en línea recta al inflamado monte, cuya cima se eleva 4,200 metros sobre el nivel del mar.

A poco de dejar atrás á Pompeya, empezamos á subir.

El terreno que atravesamos es todavía muy fértil, á pesar de que el suelo tiene ya un aspecto mucho mas mineral que vegetal. De entre las piedras calcinadas, de entre las escorias de fundidos metales, de entre las huellas de la lava, de entre la misma ceniza parda, que pudiera confundirse con arena, brotan frondosísimas vides, cuyos largos sarmientos se enredan á mil especies de árboles frutales, cubiertos ya de flores, mientras que en el suelo se ven rastreras matas de altramuz y de otras plantas que no conozco.

Así caminamos media hora, siempre subiendo.

Al cabo de ella, alcanzamos un terreno estéril en que se hundén los caballos.—Aquí ya no hay mas que ceniza en las cuestas practicables, y ásperas y negruzcas peñas, que salen de trecho en trecho, al modo de garrosas rótulas del esqueleto del volcan.

Cinco minutos despues, se nos nubla el sol y sentimos que llueve sobre nosotros; pero ni llueve ni el sol se ha nublado.

Es que nos hallamos á la sombra del *humo*, el cual despues de levantarse á una grande altura, vuelve á caer en la dirección del viento, como una ondulante pluma.—En cuanto á la lluvia, no es sino ceniza que se escapa de los pulmones del gigante.

Por lo demás, el horizonte sonríe por todos lados: solo á nosotros nos cerca el horror y nos cobija la sombra.

Ya empezamos á pisar frios y parados torrentes de antigua lava, cuyas olas, retorcidas y trenzadas, me fingen la cabellera de Medusa.

Los caballos no pueden seguir. La pendiente, que era insufrible, llega ahora á los cincuenta grados.

Echemos pié á tierra y despedamos á uno de los guías con las cabalgaduras.

Para descender, no se necesita auxilio. Ya ensayamos en Suiza la manera de bajar cuestas empinadas.—Igual haremos hoy.—Nieve ó ceniza, lo mismo es para el caso.

Para subir,—y son muy pocos los que suben por este lado,—se emplean

tres sistemas, que son: 1.º atarse á la cintura una cuerda de la cual tira un guía, que sube de espaldas delante del viajero, mientras que otro le empuja por detrás; 2.º sentarse en una parihuela y dejar todo el trabajo á los dos guías; y 3.º subir uno por su pié, como si fuera guía y no otra cosa.

Nosotros hemos adoptado el último sistema, que, si bien mas fatigoso que los primeros, si bien penosísimo, si bien insoportable, es en mi concepto el mas seguro, puesto que no va uno pendiente de la destreza ó de la buena voluntad de sus prógimos.

Pero, lo repito, semejante ascension es irresistible. A cada paso tenemos que detenernos, faltos de respiracion; y si nos detenemos mucho, húndese la ceniza bajo nuestros piés y atrasamos lo adelantado...

Ya dejamos debajo de nosotros la region de la lava, cuyas espumas y escorias causan horror, y cuya marcha silenciosa y lenta solo puede compararse á la del tiempo, que mata cuanto toca.

Afortunadamente, fluye en poca cantidad y se enfriará y solidificará antes de llegar al pié del monte; pero no por eso me arredra menos su actividad destructora.—Mucho antes de llegar á una peña, la calcina: cuando la invade, la reduce á polvo. Todo se funde y se aniquila en torno de ella.—Venenosa lengua del dragon horrible, no puede lamer sin devorar.

La parte sólida del Vesuvio, el verdadero monte, concluye en aquella region por donde se desborda la lava.

El tercio de cuesta que subimos ahora es lo que se llama el *Cono de cenizas*.

Es una mole blanquecina de ochocientos metros de altura, formada por las pavesas que arroja el cráter, las cuales suben á cierta elevacion y vuelven á caer sobre la montaña.

La mayor parte de esta ceniza se acumuló el mismo dia que desapareció Pompeya.

Nos acercamos á la cima.

Empezamos á sentir el calor bajo nuestros pies, reciamente calzados.

Cuando nos es forzoso poner la mano sobre la ceniza para no caer, tenemos que retirarla al punto.

De los hoyos que abrimos con los bastones cada vez que los clavamos para descansar, sale un humo negro y pestilente...

La lluvia de ceniza arrecia sobre nosotros...

El monte empieza á estremecerse, con un ligero temblor semejante al de un buque de hélice en una mar serena.

Un trueno sordo, continuo, profundo resuena ya debajo de nosotros...—Ora crece... ora se debilita; pero siempre ruje... siempre hierve.

El olor á azufre, á gas, á brea, á infierno... es cada vez mayor.

La ceniza grieteada, incandescente, deja escapar un leve humo casi blanco, que apenas se ha levantado algunos pies en la atmósfera, vuelve á bajar y á meterse en la misma grieta de donde salió, atraído por una aspiracion subterránea...

Estos vapores fugitivos, fátuos, traviosos, me parecen espíritus irónicos, duendes, diablillos, que salen del averno, á recibirnos, á vernos llegar, á engañarnos, y que se vuelven á su antro, á decirle á su rey que ya estamos aquí, ó creyendo, en su malicia, que trataremos de pillarlos y nos precipitaremos tras ellos en el abismo.

Un paso mas..... Un último esfuerzo...

Hemos llegado.—Estamos en la cumbre del volcan.

Séanos permitido un arranque de soberbia...—¡Hollamos la cúspide de la pirámide de fuego!... ¡Pisamos la frente del verdugo de Pompeya!

El humo nos envuelve en el primer momento.

Luego se desvanece la nube; y nos permite durante algunos minutos ver lo que nos rodea...

En torno nuestro se dilata una escabrosa planicie redonda, de unos cien metros de diámetro, cubierta de ceniza oscura y de escorias y rebabas.

Las escabrosidades de esta meseta son unas masas de espuma de betunes hirvientes, cuyo feísimo aspecto, porosidad esponjosa y estremecimientos continuos causan horror y miedo...

A pocos pasos de nosotros levántanse ligeramente los bordes del cráter... al cual nos vamos á asomar.

El terreno que pisamos parece hueco: debajo de nuestros pies tiembla y brama el incansable mónstruo...

El estruendo es cada vez mas terrible...

Respiramos un aire mefítico, abrasado, infernal...

Pero no retrocedemos.

De diez en diez minutos lanza el volcan un espantoso rugido: de su ancha boca sale una inmensa columna de humo, y en la inmediacion brotan asimismo, de las hendiduras de la ceniza, mil y mil humos mas ligeros. Esta nube, que vemos levantarse entre nuestros pies y por todas partes en el momento que el cráter *respira*, flota algunos segundos sobre la montaña, sumergiéndonos en una tenebrosa noche: despues *aspira* el cráter, y todos los humos parciales corren á sepultarse en él, absorbidos por sus formidables pulmones.

Llego al borde de la sima...

Para ello me arrastro boca abajo por la ceniza abrasada...

El guia me retiene por los pies, temeroso de que pierda el sentido, de que me asfixien los vapores, ó de que avance demasiado y apoye las manos en un punto deleznable...

De esta manera descubro la boca del pavoroso abismo...

Es una especie de pozo, de seis varas de diámetro, circular, cuyas paredes, revestidas de azufre, presentan largas hendiduras.....

Asomo la cabeza..... Miro á lo hondo.....

Al principio, el humo denso no me deja ver nada.....—Luego distingo llamas rojizas y azules, que iluminan un sumidero negro, profundísimo...

Parece que allí borbotan y hierven cien calderas de plomo derretido...

Los gases me ahogan... El aliento del dragon me abrasa.

En esto retumba un espantoso trueno... El brocal de ceniza en que me apoyo, tiembla como el agua movida por el huracan. ¡La lava sube!... ¡La llama asciende entre torbellinos de humo! ¡Va á respirar el cráter!...

Retrocedamos.

Apenas me aparto y me cubro el rostro con las manos, el aliento sofocante del volcan pasa sobre mi cabeza.

Palpita la tierra; arde el aire; el cielo se ennegrece; la respiracion me falta...—Esto es morir.

Pero calma el acceso; desaparece el humo, quedando reducido á una espesa columna que se levanta gallarda en el espacio, y vuelve la luz, y brilla el cielo, y el mar reverbera otra vez en lontananza...

Dentro de diez minutos se repetirá el mismo fenómeno.

¡Y asi continuamente!

¡Oh! No reiteraré la dolorosa prueba á que acabo de someter mis fuerzas por satisfacer una curiosidad que solo ha conseguido avivarse.

Descender á ese abismo: ¡he aqui lo que ahora se atreve á codiciar el alma! Y es que ese abismo atrae.

Colgado sobre él, he creido estar asomado al corazon humano, viendo la cuna de las pasiones, la raiz de los sentimientos, los estragos de la desventura...

Aquí la turbacion, aquí el gemido,
aquí la guerra, aquí los hondos males
tienen reinado eterno...

murmuraba, recordando unos versos de Carolina Coronado.

—Aquí, decíame, se ven las entrañas de la tierra: de aquí brotan metales y betunes, piedras y gases, revueltos y confundidos, como van mezclados en la sangre todos los elementos de nuestra vida: aquí late en su origen la actividad del planeta. La perpétua fecundidad del mundo exterior; la reproduccion incesante de los principios generadores de animales y plantas; los siempre vistosos colores de la primavera; la rica sabia que se torna en frutos; la sal incorruptible que renueva lo que muere y sazona lo que nace; el calor vital y la fuerza progresiva que anima y sostiene, inspira y multiplica las variadas formas de la terrenal materia, todo eso se comprende por este movimiento oculto, por este fuego activo, por esta agitacion constante que reside en el corazon del globo.— Los latidos de ese corazon, yo los oigo, yo los siento ahora: esta palpitacion intermitente que lo agita, no es mas que el sistole y diástole, cuyo pausado ritmo señala los instantes de la vida de la Tierra.

Tales han sido mis reflexiones durante esos diez minutos, cuando el horror y el miedo daban treguas á mi alma.

Por lo demás, y si hubiera de seguir los impulsos instintivos de mi naturaleza,—lo declaro francamente,—ni un solo momento permanecería aquí despues que me he asomado al fondo del cráter. Pero como estoy seguro de que jamás

he de volver á subir á este monte, y sé que no todos los dias, ni siquiera la mitad de los del año, se dan casos de que el volcan devore á los que lo visitan, me decido á pasar algunas horas en este infierno, no sin invocar antes mi buena estrella y jurarle á mi susto y mi zozobra que, si libramos hoy con vida, lo cual es bastante fácil, mañana perderemos de vista estas regiones de mortales riesgos y pondremos el rumbo hácia la patria, —donde, por la misericordia de Dios, no hay volcanes por ahora.

Los que hayan sentido un terremoto, comprenderán el miedo miserable que respiran estos discursos.

El hombre de mas ánimo transigirá con otros peligros de muerte. La inundacion, el incendio, la guerra, el frio, el naufragio... todo esto ofrece alguna ráfaga de esperanza á la temeridad del hombre... Pero cuando la tierra tiembla; cuando el abismo se abre; cuando el mundo que nos sostiene se aniquila... ¡qué somos, qué podemos ser, qué hemos de esperar los débiles mortales!

Contra el Vesubio encolerizado no habria defensa, ni grados en la desdicha.

El tránsito seria de la vida á la pavesa, del ser á la nada.

¡Y luego, el terror al cataclismo; el duelo natural de la criatura al ver desorganizarse la creacion!

¡Ah! morir con el mundo, es caer de un golpe en la insondable eternidad.

Habrá quien no tema á la muerte; pero yo no creo que nadie dejaria de temer al fin del mundo si lo viese próximo.

Y no seria solamente de miedo al Juicio final.

Con que almorcemos.

El guía nos conduce á un paraje de esta cima, algo distante del cráter, donde la ceniza se presenta mas blanca y accidentada que en parte alguna.

Este lugar se llama *la Cocina del Diablo*.

Los ingleses han introducido la costumbre de asar huevos en aquella ceniza, para lo cual basta dejarlos un momento sobre ella.

Nosotros hacemos lo que los ingleses; y con esto, y queso de Parma, vino de Capri y pan—que son todas nuestras provisiones,—almorzamos alegremente, aunque no sentados; pues, como podreis comprender, nuestro objeto no es asarnos á nosotros mismos.

En seguida subimos á la parte mas eminente de esta cumbre, y nos solazamos con el panorama mas grandioso que puede imaginar la poesia.

En torno nuestro, el volcan humeante, los valles cubiertos de lava, la *Somma* (pequeña cordillera de betunes y cenizas, separada del Vesubio el dia de la destruccion de Pompeya), los pueblecillos que bordan el pie de este monte; y despues Nápoles... el mar... las islas, las llanuras de la Campania, infinidad de blancas ciudades esparcidas entre verdes paisajes, las montañas azules, la inmensidad de un purísimo horizonte!...—Es un espectáculo arrebatador.

A las tres de la tarde, á la hora apocalíptica, emprendemos nuestra retirada.

Cruzamos todo el monte en direccion contraria á la que hemos traído, y nos asomamos al gran valle de lavas que va á morir cerca de *Herculano*.

La bajada solo es posible de una manera; ya sabeis de cuál.

Nos tendemos casi enteramente sobre la ladera de la montaña; nos apoyamos en los bastones ferrados; clavamos los talones en la ceniza, y nos dejamos ir con toda velocidad.

Cinco minutos despues nos hallamos á media legua del cráter y mil metros por debajo de la cumbre del Vesubio.

¡Estamos libres!

VI.

Herculano.

Antes de continuar nuestra bajada, nos dirigimos á la célebre *Ermita de San Salvador*, donde se bebe el mejor y mas legítimo *lacryma Christi* de la comarca.

Desde allí volvemos á precipitarnos, aunque ya por pendientes mas suaves, hasta llegar á *Resina*, que no es sino la antigua *Retina*, puerto de la ciudad de *Herculano*, cuyas ruinas vamos á visitar.

La catástrofe de *Herculano* fue diferente de la Pompeya. La misma erupcion de 79 lo inundó de un lodo volcánico, duro hoy como el granito, sobre el cual vinieron despues diversas corrientes de lava hasta formar encima la ciudad una compacta mole de *treinta y cuatro metros* de espesor.

Herculano permaneció tambien desconocido y olvidado durante diez y seis siglos y medio, hasta que en 1711, Manuel de Lorena, principe d'Elbeuf, habiendo sabido que un panadero de Resina, al abrir un pozo en busca de agua, habia encontrado muchos y muy buenos mármoles labrados, mandó hacer grandes escavaciones en aquel lugar y encontró el famoso teatro de Herculano.

Despues se han descubierto algunas calles, una *basilica* y dos ó tres *villas* llenas de magnificas estatuas y de papyrus; pero como las escavaciones se han tenido que hacer por medio de pozos y de galerías subterráneas, á causa de la gran profundidad á que se halla la abrasada ciudad y de la dureza de la materia que la obstruye, se han vuelto á tapar casi todos los lugares explorados, á peticion de las ciudades que se levantan hoy sobre ella.

Herculano era un pueblo mas artistico que la ciudad comercial que recorrimos ayer: asi es que en sus edificios se han encontrado muchas de las mas bellas estatuas que adornan *el Museo Borbónico*.

Fuera de este interés, muy escaso es el que ha ofrecido Herculano, sobre todo despues del descubrimiento de Pompeya. El tener que visitarlo á la luz de las antorchas, encontrando á cada paso los pilares levantados para sostener el terreno sobre los monumentos que no han vuelto á taparse, quita su pasmosa verdad á los objetos y aleja toda ilusion del ánimo del que los mira.

A lo menos yo, al recorrer aquel vasto teatro, al que se baja por muchos